

ó por lo menos diferir la ejecución de nuestro proyecto.

¡Pero no! Ahora ó nunca. Necesario es hacer eso. Y si debe hacerse, preciso es que eso sea en tanto que todavía es posible.

Finalmente, hecho está. Las mayores dificultades están vencidas. ¡De qué peso se ve libre mi alma! Libre soy. Pertenezco á Dios. He quemado mis naves. Ahora, necesito andar con Dios, aspirar á lo más elevado. Ahora, no puedo dispensarme de los esfuerzos necesarios para llegar á la santidad. Suceda lo que suceda, no encontraré obstáculos como el que he superado.

¡Oh! mundo, de quien al fin me he separado después de lucha desesperada, adios! ¡Sin embargo, no! No te digo adios, sino hasta la vista.

¡Oh! país mío, ¡oh! mi tiempo. Tomo á Dios por testigo, y os hago á vosotros mismos jueces de que no os aborrezco. Pero he tenido que obrar así. Pues no me era dado resistir á las ordenes de mi conciencia. Porque temía á mi propia debilidad, por eso he huído de vosotros. Espíritu siniestro ha bajado sobre vosotros. Y como tenía motivos justos para temer que tal espíritu fuera mi perdición, os he abandonado.

Pero esto no me impide el amaros, en mi nueva situación. Sí, el amor que os profeso aventaja al de vuestros propios hijos. El dolor que penetra mi alma es prueba de ello. Precisamente por amor á vosotros, de vosotros me he separado. Por vosotros también me he sacrificado. Y tal sacrificio persistirá hasta mi postrer suspiro. Gozaréis de sus frutos, por lo menos lo espero por la gracia de Dios, pues toda inclinación al bien no se halla extinguida en vosotros. La separación fué dolorosa. Pero está hecha. Cuando hayáis sacado provecho de ella, volveremos á vernos, y la amargura tornarése en gozo.

APÉNDICE

LA PENETRACIÓN DEL ESPÍRITU DEL MUNDO CAUSA DE NUESTRA DEBILIDAD

1. Triste situación de la época. La culpa es de los hombres y nuestra.—La presente situación es triste, y sombrío el porvenir. Como consecuencia, profundo malestar lo ha invadido todo. Únicamente dos clases de personas vense libres de ello.

La primera comprende á los partidarios inveterados del liberalismo. Cuando, desde las alturas del aislador de su ciencia y de su formación misteriosa, sienten que han perdido todo contacto con el mundo real, que lucha, sufre y trabaja, consuélanse entonces con el título honorífico de espíritus distinguidos.

La segunda está formada por las supuestas esferas elevadas de la sociedad, que viven siempre en un pasado más hermoso, y que no tienen mas que un cuidado: evitar las señales que pudieran hacerles notar el volcán sobre cuyo cráter danzan, juegan y duermen.

Mas, aparte de esas personas, nadie hay que no diga diariamente que el estado actual de cosas no puede sostenerse tal como es.

Cristianos y enemigos del Cristianismo, eclesiásticos y laicos, todo el mundo nota ese mismo sentimiento de malestar, todo el mundo se queja: el político, el filántropo, el comerciante, el educador, el autor, el predicador. Las diversas clases de descontentos no difieren sino en lo referente á la causa del mal, y á los medios de curarlo.

Echan unos la culpa al clero y al Cristianismo. En tan-

to que ese obstáculo para la felicidad de los pueblos no se renueva enteramente, la situación no podrá mejorar.

Hácela otros recaer exclusivamente sobre los enemigos de la fe y de la Iglesia. Creen que si se suprimiesen la francmasonería y el satanismo, ⁽¹⁾ todo entraría inmediatamente en orden, y se recobraría aquella maravillosa tranquilidad que reinó en el Estado y en la Iglesia en tiempos de Luís XIV y José II.

Son razones que aquí dejamos á un lado, puesto que las hemos ya examinado. Por el momento, queremos penetrar un poco más en el fondo de las cosas y decirnos la verdad á nosotros mismos, después de habérsela dicho tantas veces á los demás.

¿De qué nos serviría mejorar al mundo entero, si llevamos siempre en nosotros los gérmenes de nuevos males? Por esa razón la simple prudencia exige que dirijamos todos nuestros esfuerzos por este lado. El justo comienza por acusarse él mismo, dice el Espíritu Santo. ⁽²⁾ Y de hecho, en circunstancias análogas, los justos han obrado así, cuando se hacía necesario mejorar la situación. «Cuanto has hecho con nosotros es justo»—⁽³⁾ decían los tres jóvenes en el horno.—«Á nuestros reyes, á nuestros príncipes, á nuestros padres, á nosotros todos que hemos pecado, lo que nos sucede es la pública confusión»—⁽⁴⁾ exclama Daniel.—«¿Cómo esta ciudad tan poblada, se ve ahora tan sola y tan desolada?—dice Jeremías.—La señora de las naciones ha quedado como viuda; la reina de las provincias vióse sujeta al tributo. Sus mismos amigos hanla despreciado, y tornándose enemigos suyos. Pero Jerusalén ha pecado, y por eso ha resultado errante y vagabunda. Todos los que la honraban hanla despreciado, porque vieron su ignominia; y ella volvió el rostro gimiendo». ⁽⁵⁾

(1) Masonería, Judaísmo y Satanismo, ¿no son tres fases de una misma cosa, que es la Revolución?—N. del T.

(2) Prov., XVIII, 17.

(3) Dan., III, 27.

(4) Dan., IX, 8.

(5) Lament., I, 1, 2, 8.

Hoy también es la única respuesta verdadera á estas dos preguntas: ¿De dónde procede nuestro mal? ¿Cómo remediarlo?

Puede haber muchas causas de ruina. Pero si no buscamos ante todo la más profunda, y precisamente aquella cuya supresión depende únicamente de nosotros, perdemos el tiempo, y nada mejoraremos.

2. Nuestra debilidad procede de no hallarnos sólidamente firmes sobre una base sobrenatural.—Aquí hallámonos en presencia de cierto enigma. Si el Cristianismo es la religión verdadera, creación misma de Dios, ¿por qué entonces logró tan poco éxito, y cómo es que no ejerce mayor influencia en el mundo?

Hay en eso aparentemente un gran misterio, y, no obstante, no es difícil entenderlo.

Dios puso su propia causa en manos de los hombres. Quiere que lo sobrenatural triunfe por medios naturales. Somos los obreros de su honor y de su obra; mas también podemos ser sus destructores. Á nosotros corresponde unir lo natural y lo sobrenatural en un todo tal, que ninguno de ambos resulte perjudicado.

Tal es la idea fundamental del orden sobrenatural. De la admisión y de la ejecución de tal principio depende toda prosperidad del reino de Dios. De su desconocimiento y de su olvido depende, por el contrario, su ruina.

Si nosotros, cristianos, entramos en lucha con el mundo, y si queremos serle superiores, la primera condición está en pisar sobre terreno sólido. En otros términos, necesario es que aceptemos con inquebrantable convicción, y que practiquemos con fidelidad concienzuda las doctrinas y los principios sobre los cuales Jesucristo quiere que se establezca su reino. En una palabra, necesario es que nos sintamos y que nos portemos como pueblo de Dios, con propia manera de considerar la vida, con leyes propias, y que seamos independientes en nuestro propio terreno.

Si nos hemos dado cuenta de la importancia y del alcance de esas palabras, la cuestión de saber por qué nos

hallamos en tan mala situación no puede causarnos distinta impresión de esta otra cuestión: ¿Por qué los pueblos católicos van actualmente por doquiera más atrás que los otros?

La respuesta encuéntrase ya en estas dos palabras: pueblos católicos. ¿Hay actualmente pueblos católicos? Conocemos muchos pueblos híbridos, que antes eran católicos. Antes de ahora, á pesar de numerosos defectos, han ocupado honroso puesto en el Cristianismo. Pero desde que toda clase de elementos heterogéneos han venido á invadir su suelo natal, no producen más que vástagos desmirriados y pobres.

Tal es la verdadera respuesta al asunto.

Dos cosas deben hallarse juntas, para que la acción del cristiano sea próspera: la bendición de Dios y la propia actividad.

Sin duda alguna, únicamente debe esperar en la bendición de Dios, aquel que se adhiera de inquebrantable manera á su palabra, y que, en todos sus pensamientos y en todas sus acciones, trate de penetrarse de su verdadero espíritu.

Por otra parte, para ser enérgica y entusiasta la actividad propia, supone, cuando menos, la convicción. Pues bien, si nosotros mismos tratamos sobrado familiarmente al Cristianismo, si lo debilitamos, si lo cambiamos á gusto de nuestra fantasía, si tratamos de conciliarlo con las opiniones de la época, no nos queda entonces el derecho de admirarnos de que el mundo vea en él un acontecimiento temporal, cambiante y pasajero, acontecimiento en el cual hallará siempre mucho viejo, y muy poco nuevo, á pesar de nuestros mejoramientos.

Dos cosas hay que nos vemos obligados á aceptar, si queremos ser verdaderos discípulos del Salvador y de los Apóstoles. Pues los discípulos no son superiores al Maestro (1)—dos cosas que no fueron escaseadas tampoco al Hijo de Dios, ni al Apóstol de los Gentiles: el odio y la per-

(1) Matth., X, 24. Luc., VI, 40. Ioan., XIII, 16; XV, 20.

secución. (1) Pero en cambio, y sólo con esta condición, nos hallamos seguros de conseguir el respeto del mundo y una energía interior invencible.

Para resumir en pocas palabras la causa de nuestra debilidad, digamos que nuestra fe no descansa sobre convicciones bastantes sólidas, y que nuestra manera de obrar no es bastante sobrenatural.

3. La mediocridad sirve de medio para que penetre en la Iglesia el espíritu mundano.—Esta frase lastimará á muchos, lo sabemos. De buen grado admitimos también que hay muchos á quienes no se refiere en manera alguna. Pero á éstos alcánzales otro reparo, y reparo tal vez menos honroso que el precedente, el reparo de la mediocridad.

Sí, esa cojera de ambos pies, esa superficialidad que se satisface con apariencias exteriores y con el éxito del momento, esa cobardía que pretende persuadirnos de que podemos vivir en buenas relaciones con Dios y con Baal, en una palabra, con todo lo que constituye la semilla del liberalismo, (2) todo eso es otra causa del triste estado en que se halla el reino de Dios, la terminación y defensa del cual hánsenos confiado.

Nada queremos exagerar desde este punto de vista. Por el contrario, condenamos ese espíritu grosero que sólo encuentra censuras que infligir á cuanto en la Iglesia ocurre, trátase de ciencia, de arte, ó de instrucción. Críticos hay para quienes todo es grande, perfecto, admirable, con tal que no sea en el terreno de la Iglesia. Otros hay para quienes, *a priori*, todo cuanto pretende armonizarse sinceramente con la Iglesia, nada vale. No queremos tener nada que hacer con estos. (3)

(1) Matth., V, 11; X, 22; XXIV, 9. Marc., XIII, 13. Luc., XI, 49; XXI, 17. Ioan., XV, 18; XVII, 14. Rom., XII, 14.

(2) Cf. Parte cuarta; *Die religiöse Gefahr*, (3), 296 y sig.

(3) Que nadie se muestre demasiado susceptible contra lo que, desde luego, parece ir contra la buena opinión que de nosotros mismos tenemos. El que escribe una obra tan vasta como la presente, y se ve obligado á decir verdades severas contra todas las condiciones, puede, en definitiva, hacer

No se trata, por nuestra parte, de producir agitación y dar escándalo, de suministrar á los enemigos de la Iglesia asunto de maligno gozo, de dañar y causar pena á quienes la aman, ó aun de apagar el entusiasmo. Trátase más bien de reconocer la verdad y de saber en dónde se halla la causa de nuestra debilidad.

Pues bien, ésta no es difícil encontrarla. Por doquiera no se oye más que este juicio descorazonador: jamás las cosas han estado tan mal como ahora.

Hablando de una manera general, esto no es muy exacto. Tiempos hubo en que los enemigos de la Iglesia procedieron con mayor crueldad y menos miramientos; y, lo que todavía es peor, tiempos hubo en que la corrupción en el seno de la Iglesia misma era mucho mayor. Pero hay una cosa cierta, á no dudar, y es que la mediocridad, la timidez, la indecisión, son actualmente mayores que en los períodos desgraciados por los cuales atravesó. Nada se teme tanto como el romper con cosas que por sí mismas se rompen. Vacilase siempre en tomar por lo serio cuanto la razón y la fe prescriben como indispensable. Témesese la contradicción y la lucha, los juicios del mundo, la fuerza de la costumbre, de la inclinación, de la tendencia á la comodidad. Créese poder adelantar algo por medios templados, negociaciones, retiradas, siendo así que diariamente se sale perdiendo. Quiérese asegurar, por lo menos personalmente, el propio reposo, el propio honor, las propias ventajas, aun cuando sea con detrimento de la buena cau-

este servicio al estado de que forma parte, sobre todo si comienza por acusarse antes de acusar á nadie y más que á nadie. Si hubiésemos querido emplear términos severos, hubiésemos podido tomar una rica colección de ellos en los escritos de los más grandes santos y de hombres de Dios como Bernardo, Pedro Damiano, Gerhoh de Reicherberg, Engelberg de Admont, Peraldo, Geiler, Hildegarda, Brígida, María de Ágreda, etc. Personas son éstas de quien puede uno fiarse, y, sin embargo, no nos atrevemos á repetir aquí sus palabras, porque para ello sería preciso desde luego poseer su espíritu, y porque, más que nadie, tenemos motivo para temer la posibilidad de ser reprobado después de haber predicado á los demás (II Cor., IX, 27). Obremos, pues, todos de conformidad con el principio: *Veritatem facientes in charitate* (Efes., IV, 15).

sa. Y en realidad, pedazo á pedazo, resulta siendo presa de aquellos que, en su odio contra ella, no reconocen los más elementales miramientos. Pierde su influencia sobre los corazones y sobre los espíritus, y hasta la estimación de aquellos que la desfiguran tanto tiempo ha, y que la adulteran con elementos extraños, hasta el punto de tornar desconocible su primera nobleza.

Ciertamente, en el corto número de los que han pasado por el tamiz y resultado fieles, el espíritu de la Iglesia creció, la recepción de los sacramentos, el celo por la defensa de los intereses de Dios, hicieron progresos; sin duda que las obras de caridad son innumerables, las vocaciones religiosas aumentan, por lo menos en las mujeres; muchos seglares trabajan en la vida pública y en la prensa, con mayor decisión en favor de la verdad y del derecho. Pero al par, hay también inmenso número de personas mediocres. Por todas partes el enemigo esparce cizaña entre el trigo. El espíritu del mundo—al que Ludovico Stein llama laicismo⁽¹⁾—hace estragos en la casa de Dios, en las filas del clero y en la soledad de los claustros. Hácelo calladamente y con lentitud, pero de irresistible modo, roe sin cesar como un cáncer las porciones sanas que le rodean.

En las prácticas piadosas, en las obras de caridad, encuéntrase á menudo el gusano roedor de la vanidad, de la ambición, de las apariencias exteriores. En las casas de educación cristiana, bajo el pretexto de querer rivalizar con la enseñanza laica, el veneno del espíritu del mundo infiltrase á veces en proporciones considerables, y vense aun á veces algunas religiosas enteramente penetradas de él. La manera de defender á la Iglesia, y los medios empleados para ello, están con tal frecuencia copiados en los del mundo, que, por su éxito ligero del momento, la vida espiritual y aun la salvación de algunos de sus defensores, vense por largo tiempo, y tal vez para siempre, profundamente perjudicadas.⁽²⁾

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 473.

(2) *Messenger des fidèles* (Maredsous, 1885), II, 18 y sig.

Los confesonarios vense asediados por las supuestas personas piadosas. ¿Pero en dónde están los confesores que se atreven á penetrar en el corazón y, llegado el caso, en la vida de aquellos que á ellos se confían? ¿En dónde hallar penitentes que lleven bien que se les exhorte severamente en serio, á la mortificación y á la renuncia de los atractivos del mundo? Lisonjéanse, y trátanse de consolarse mutuamente. Pero se piensa poco en la abnegación personal y en la perfección.

Los sermones frecuéntanse poco, á menos que ocupe el púlpito un predicador de rizados cabellos, de blanca dentadura, que adormece al auditorio, con frecuencia cargado de sueño, con discursos de agua de rosas acerca de la paz, acerca de lo bello, acerca de la tolerancia, y que, en vez de citarle pasajes áridos y pasados de moda del Evangelio y de los Padres, los llena con flores retóricas. Pero colocad allí á un San Pablo, que tan sólo predica á Jesucristo, y á Jesucristo Crucificado; á un San Juan Bautista, que exhorta á la penitencia con lenguaje evangélico, y se dirá: «Es un fanático que no pertenece á nuestro tiempo, y que no sabe una palabra de las exigencias de la época».

En cuanto á frecuentar los oficios, cada cual sabe cómo andan las cosas. Otro tanto en lo tocante al ayuno. Ya no son prácticas de piedad conformes con la época. Así nos decimos, mentándonos á nosotros mismos, que actualmente somos mucho más débiles para soportar esos rigores, que tanto bien hicieron en otro tiempo al férreo temperamento de nuestros padres y de nuestras madres.

Además, nos expresamos hoy como oradores en las asambleas. Tronamos en los papeles públicos contra la apatía de los malos católicos, y contra la blandura de los jefes eclesiásticos. Eso equivale á ir á la iglesia y reemplazar mortificaciones sin objeto.

Por otra parte, y como de buen grado lo decimos, las exigencias de la época no dejan tiempo libre para la oración. La actividad desplegada en las reuniones públicas debe reemplazarla. Las personas que la practican todavía, son

las que para nada sirven; los obispos, los canónigos, los religiosos ancianos.

Una cuesta en favor de los pobres hecha en la iglesia, no pasa ordinariamente de algunos sueldos. Pero abundan las ofrendas cuando un periódico es quien toma esa iniciativa. ¡Júzguese, pues, publica los nombres de los donantes, y cabe perseguir ahí á un adversario con alguna frase mortificante!

Antes de ahora, se ayunaba, ó imponíase uno algunos sacrificios, para poder hacer copiosas limosnas en secreto. Actualmente despléganse las más espléndidas pompas en bailes á favor de los pobres, y en conciertos á beneficio de las víctimas de algún siniestro. ⁽¹⁾ El lujo en eso es tal, que se hace necesario recurrir á la caja de los pobres para pagar las deudas que consigo lleva frecuentemente esa mentira, la más grosera de estos tiempos.

Además, una beneficencia falsa y una piedad mal entendida, son el terreno sobre el cual el espíritu del mundo logra sus triunfos más irritantes.

La palabra *actor*, por ejemplo, evocó siempre en la mente algo repugnante. Pero transformar en gentes de esta especie á niños, jóvenes, muchachas, para un fin laudable, hasta para celebrar una fiesta religiosa; disfrazarlos con trajes contrarios á su sexo, exponerlos á todos los peligros de la vanidad y de la sensualidad; destruir en una semana, quizá para siempre, el fruto de largos años de educación, he ahí cosas que aun casas de educación religiosa déjense imponer por el espíritu de la época, bien que á su mayor detrimento, como pretenseo medio de formación y de expansión de su influencia.

Desde que ese espíritu astuto consigue envolver una cosa con breve capa piadosa, nadie se preocupa ya ni de lo que en sí misma es, ni de sus consecuencias.

Cierto que á veces,—desgraciadamente siempre cada vez menos—trátase de preservar á los niños de todo roce

(1) Acerca de esas fiestas *de caridad*, véase lo que el ingenioso Selgas dice en su hermoso libro «Delicias del Nuevo Paraíso...»—N. del T.